

EL REGRESO DEL CHARLATÁN

Cuando estamos a punto de cruzar la línea que separa un milenio de otro y , allá en el horizonte, parece dibujarse , un tanto difusa y vaga, la silueta de la sociedad que inicia la andadura por el convencional nuevo tiempo, se está produciendo un curioso hecho: el regreso y auge de tipos que parecían extinguidos para siempre a causa de un ambiente poco propicio para el desarrollo de los mismos. Un fenómeno parecido al que ocurre cuando las bacterias se hacen resistentes al medicamento que antes era eficaz y resurgen con mayor energía y virulencia, invadiendo e infectando el cuerpo, sin que valgan los antiguos tratamientos que les impedían el crecimiento y proliferación.

Ésto ocurre en nuestros días con el espécimen humano del charlatán. Las cotas culturales alcanzadas, los conocimientos y experiencias acumulados, que forman el saber de la época, parecían medicina suficiente, si no para extinguir, si para evitar su influencia y crecimiento. Pero me temo que no es así. O esa sabiduría del hombre de fin de siglo tiene menos consistencia de la que cabría esperar, mas apariencia que profundidad, con lo cual resulta fácilmente vulnerable.

Asistimos hoy a un resurgimiento del charlatán. Y como quiera que en todo lo ya expuesto se descubre una gran dosis de crítica negativa y un talante, sin duda, peyorativo, parece conveniente, antes de seguir adelante, delimitar o definir qué entendemos por charlatán.

De las diversas acepciones que pueden figurar en cualquier diccionario, la que expresa con mayor exactitud mi intención es la de embaucador, es decir, el que engaña o alucina a otros prevaliéndose de la inexperiencia, buena fe o ingenuidad de los engañados.

Las formas y espacios de su actuación varían, como es lógico, y no solo dependen de quien sea el personaje, sino también de los estamentos sociales donde se desenvuelve y de las situaciones o circunstancias que se les presentan. De ahí que proliferen en mayor número e intensidad en los ambientes o entornos donde el caldo de cultivo es propicio para el embaucamiento, que hoy son extensos, como consecuencia del desarrollo incontrolado e incontrolable de la sociedad de consumo, de la negativa ejemplaridad de las personalidades admiradas o envidiadas, del deseo de

triunfo fácil, de la inmoralidad creciente y, en especial de eso llamado cultura del "pelotazo" y que no es otra cosa que la estafa, la desvergüenza y el robo institucionalizados.

No hace falta ser un lince para adivinar en que lugares y , actividades se hallan los embaucadores o charlatanes con mas frecuencia: en política, alrededor del poder y en torno a gente , candorosa y de bajo nivel cultural, que espera el milagro o la suerte para un rápido acomodo en el tinglado de este mundo.

La política es una actividad relativamente fácil, que no precisa de ninguna condición, aptitud y conocimiento especiales: en muchos casos podría decirse, incluso, que sobran o estorban, sobre todo cuando por convicciones morales, religiosas o culturales son capaces de frenar o impedir la acción. Este hecho, ciertamente extraordinario, no es que sea malo ni desacertado, y buena prueba de ello es la extensión y calidad de la de las democracias occidentales, pero sí estimula a quienes no fueron capaces de triunfar en otros campos, o tienen un desmedido afán de poder, a engancharse en las filas de los partidos con el exclusivo fin de lograr una posición o un beneficio. Y valiéndose de la vanidad del personajillo o encandilando a los que pueden apoyarle, va escalando puestos hasta conseguir un lugar entre los mas o menos privilegiados.

Que existen hombres con verdadera vocación política, no cabe dudarlo; pero tampoco es posible ignorar el gran número de arribistas, de advenedizos, a los que sólo les importa de verdad sus fines, no siempre publicables. Y son éstos, precisamente, los embaucadores que sin el menor escrúpulo, aprovechándose de los deseos o sueños de la mayoría silenciosa, siembran esperanzas que saben nadie alcanzará y utopías irrealizables con el objetivo de lograr votos y seguidores. El desencanto que al final , después de algún tiempo, suele apoderarse de la gente sencilla que los creyó y el desinterés por la cosa pública, tiene en ellos su explicación . Sin contar con que, en numerosos casos, instalan en la conciencia del pueblo semillas de discordia so pretextos halagadores de distinciones y singularidades que pueden causar tanto daño como los iluminados y salvapatrias, convirtiéndose así en un peligro grave y contagioso para la convivencia y para una evolución aceptable hacia un mundo mejor.

Parece prudente, pues, revestirnos de cierto escepticismo antes de aceptar ,sin más, proyectos o ideas no analizados y comprendidos o de prestar oído poco crítico a lo que nos ofrecen y

proponen, especialmente si nos agrada y seduce. Que de esta atracción o fascinación se valen para llevarnos en la dirección que ellos interesa, no siempre coincidente con la nuestra ni con la colectiva.

Miguel Molina Rabasco